

## ROMANCE DE LA BELLA CONCHITA Y DEL BANDOLERO QUE LA AMÓ

A los Juglares y Romanceros populares

Carlos Guillermo Navarro

¡Ay, cantor que desconciertas  
y me trasmites la canción  
de aquel hombre de la sierra  
y de la muchacha que amó!

Cien relatos han contado  
de nuestro héroe villano,  
de Conchita flor de casta,  
amantes enamorados.

Oíd, personas de espíritu,  
corazones elevados,  
poetas de grandes romances  
y labradores del llano.

Fuerza de años arrastra  
este canto dolorido  
de Conchita la más bella  
y de su amor perseguido.

Razón hay para que fluya  
la historia que voy a contar,  
amores que dan pesares,  
miserias que me hacen llorar

I

Era Conchi la más bella  
niña, doncella del lugar,  
de hermoso nombre, Concepción,  
virgen para nuestra ciudad,  
paz de los melancólicos  
y sonrisa del más allá,  
amiga de las estrellas,  
pasión de la adversidad,  
empuje para los tímidos,  
esperanza por lograr,  
anhelo de los callados,  
y envidia por ser mortal.

Era una hermosa niña,  
dentro de lo terrenal,  
virtud de cuanto se ha dicho,  
y de amante inmortalidad.

Vicio suyo desquiciado,  
querer para ser amada,  
reflejos de odios que tienen  
muchas fervorosas caras.

La maldad que es traicionera  
dijo para atormentarla,  
donde hay golpes que te den  
hay rencores que se alzan.

Conchita por este mundo  
va tras un hombre gitano,  
que nunca llevó cuchillo,  
y sí el corazón guardado.

Era un hombre noble y sano,  
con alto cuerpo delgado,  
de limpio juicio moral  
como palma de su mano.

El amor entró de lleno  
como huracán soterrado,  
entró como tenue viento,  
sin que pudieran notarlo.

La niña empezó a vivir  
desbordada por el llanto  
y nuestro hombre pensó:  
si pudiera ser de mal,  
si pudiera ser de bien,  
si se paraba a pensar,  
si moría de deseos,  
o llegaría a soñar.

Gitano de grandes sueños  
que a muchos haces hablar,  
¿qué te ha ocurrido en la vida  
que se nos pueda contar?

Y el gitano se explicó:  
que era hombre tolerado;  
pasó por hombre de vida  
mantenido en desparpajo;

había encontrado mujer  
y también se abandonaron.  
Es cabrero por más señas,  
despedido del rebaño,  
no posee dinero fijo,  
sangre, sudor y destajo.  
Penoso quehacer el suyo  
mantenerse desvelado,  
por carecer de qué comer  
ni donde caer en camastro.  
Su gran honradez le tiene  
por hombre cabal y macho,  
para contar las cuarentas  
al que se nombra su amo,  
para querer como nadie  
a su más precioso encanto.  
Que Conchita era un sol,  
tremendo calor cercano,  
de oro y ardiente llama  
que tiraba los cercados.

A Conchita le inquietaban  
las voces de alrededor,  
se hacían ecos continuos  
y lanzaban su clamor.

La madre por su cariño  
le apagaba la pasión  
como amante madre buena  
que buscaba lo mejor.

Los amigos le decían:  
tienes a vista la edad,  
¿qué relación se sostiene  
con una distancia ancestral?;  
¿qué buscas en un casado  
que ya ha roto la unidad?

¡Qué nula enseñanza tiene  
cuanto nos han enseñado,  
que débiles han de ser  
los deseos que nos mataron!

La niña suelta su habla  
con algo que lleva el viento:

yo quiero ser fuerte roble,  
templada con fuego, hirviendo,  
una coraza de plata  
y unas palabras diciendo:  
no peco en lo que hago,  
¡es mi amor lisonjero!  
Por qué no comprenderéis  
que no estoy hecha de acero;  
no sé templar mis sentidos  
como afirman que es lo bueno;  
que soy de carne y de hueso  
como dicen me parieron;  
que me siento encadenada  
y sin saber con quién romper,  
con la que me da consejos  
o con quien me da el querer.

Y sobre su triste frente  
aparecía la duda,  
llenando su fiel estrella  
de pesares y ataduras.

Además, tenía que ser  
calé, de los de mal paso,  
hombre de poco valer  
según voces de sus amos.  
¡Mira tú, de tres al cuarto,  
que no tienes donde caer,  
no eres más que deshecho,  
sin futuro ni quehacer!  
¿Cómo lograste pensar  
que las flores se aderezan  
cuando te notan al pasar?

Se hizo largo el silencio...  
que los mataba...

Largo el cariño...  
porque se amaban...

Larga la espera...  
Larga mirada...

Si alguien decía no,  
que gran calor ardía  
dentro de su corazón,  
que por intentar hacer dos,  
tan sólo hicieron uno:  
un solo palpitar,  
un solo paladar,  
una sola razón:  
que no hay cosa  
que más se persiga  
que la prohibición  
que se dio.

Más, una tarde otoñal,  
cubiertas de hojas caídas,  
la niña color rosas  
dijo que era cobarde  
y no se podía quedar,  
que la empujaban con frentes  
sin que pudiera luchar.  
“No soy niña de choque,  
soy frágil a la que el viento da  
soplos que, al concebirlos,  
me hacen de frío temblar”.

Fatal duda que corroes  
y haces recapacitar,  
que sólo al destruirnos  
conseguimos libertad.

Pero yo quiero que sepas,  
y soy yo el hombre gitano,  
que no hay amor de provecho,  
sí circunstancias rondando,  
alegría para aquellos  
que caminan sobre fango.

Aquella tarde otoñal,  
cubiertas de hojas caídas,  
se separó el querer,  
pero el gitano cabal  
supo que para perder,  
primero había que luchar.

## II

Había fiesta en el pueblo,  
había fiesta con tracas.  
Los cohetes ya sonaban,  
con lindas mozas alegres  
de chispeantes algaradas.  
Sin embargo, sólo una  
relucía a las demás.  
Luz de todos los enfoques  
de los ojos al mirar.  
Conchi, la casamentera,  
la que busca el mejor par,  
que por salir de la regla,  
no hay quien haga bailar.  
“Permítame este baile”,  
le soltaban al pasar.  
La niña cierra los ojos  
con tímido colorear,  
respondiéndose a sí misma  
que no quería danzar,  
que iba por otra senda  
que se escapaba al andar.  
Mocitos de altos vuelos,  
señores del matorral,  
niños que piensan con celo  
que bien la pueden ganar.  
Entraba alguien al quite,  
sonaba el gong del flechazo,  
la madre ponía el dedo  
y ella ponía el rechazo.  
No te puedes quedar niña  
como afirman los benditos,  
con un resplandor de luces  
y tu corazón marchito.  
Pero ella decía así:  
si al amar he de sentir  
lo que la angustia me embarga,  
no deseo querer a nadie  
aunque la vida sea ingrata.

Dime, hija, que te ocurre,  
por qué tus repuestas callan.  
Existen amores buenos,  
de igual forma otros matan,  
pero alza el corazón  
para saber quién te agrada,  
y no llores de la vida  
como si fuera cosa amarga.  
Pues, debes aprender, hija,  
que cuando clarines suenan,  
no son sones celestiales  
a veces suenan cercanos,  
a veces son terrenales.  
No existe amor exaltado,  
sino amores mañaneros  
que igual que muchas mañanas  
también se visten de negro.  
No pienses que eres fuerte,  
duro hormigón y cemento,  
que mientras más lo medites,  
más pronto se va tu aliento.  
Olvídate del pasado  
Y acepta lo venidero,  
que hay muchachos con casta  
y vírgenes en el pueblo.  
No te metas en deshora,  
baila con cualquiera de ellos  
como todas esas chicas  
que esperan con desaliento;  
y si vírgenes son todas,  
hay hímenes muy despiertos.  
Aquella tarde otoñal,  
Conchi rondó bajos fondos,  
apretones de castigo,  
era garza huida al coto.  
Pasó la noche en su cama  
tumbada en el recostar,  
perdida en la lejanía  
cuando empezó a despuntar.  
Gitano,

tú no eres de este tiempo,  
formas parte de la historia,  
lentamente te vas yendo.  
Eres gitano de ensueño,  
de los que miran la luna,  
de los que confían aún  
en las santas sepulturas.  
Gitano,  
por qué no te dan trabajo,  
cara arrugada que tienes,  
penita que estás pasando.  
Te lanzarán a la vida,  
roto tu nombre gitano,  
aunque no habrá en la tierra  
razón para hacerte daño.

Se oye la voz del gitano:  
escúchame, ángel mío,  
de tiernos huesos humanos,  
conquistaré un buen nombre  
para besarte tus labios,  
y espero que en nuestra boda  
haya cantares alados,  
panderetas y cencerros  
con un sinfín de gitanos.  
no renunciaré a mi sangre,  
cuya tradición proclamo,  
por perseguido que esté  
por voluntad de los amos.  
Y tu pobre madre mártir  
que no suspire a tu lado,  
que no te tuerza el camino,  
y no ser yo lastimado.  
Hay amores que nos ciegan  
y son puros espinazos,  
aunque quieran hacer bien,  
nos van cortando los pasos.  
Escucha tú, virgen mía,  
No te sientas apenada,  
que si hay muros de piedras,



de hierro es mi tirada.

### III

Cae el rojo de la tarde...  
Cae la luz del firmamento...  
Se levantan los luceros...  
Caen los cielos como muerto.  
Conchi, la casamentera,  
va camino de su casa,  
entre las tapias del pueblo  
y el empedrado de grava.  
una gran luz reluciente  
se resalta en la calzada  
como destello de algo  
y resplandores del alma.  
Da un traspies en su andar  
de nervio y escape largo  
por un temor que la asecha  
que logra hacer sus estragos.  
Al pasar por una calle  
ve una sombra que empaña  
su mente que está librando  
una lucha sin palabras.  
Es una negra visión  
que la observa con ardor,  
tenía ganas inmensas  
de destrozar un corazón.  
Dí, niña, dijo el señor,  
¿Ese temblor que sentiste  
te trajo gratos sabores  
por los deseos que tuviste?  
Y la niña respondió:  
¡Uy, no señor, los perdí  
por alguien que hoy por hoy  
no se puede sustituir.  
Le oigo en mis suaves sueños,  
en mis dulces despertar,  
en el aire que respiro,

en mi continuo vagar,  
en quien me causa rechazo  
que sólo me hace llorar.  
Y el señor le contestó:  
sabía que estabas enchulada  
con ese mozo de al cuarto  
que ya es hora de largarle  
tres patadas por abajo.  
Y no te hagas la fuerte,  
de virtud inquebrantable,  
que no hay vírgenes conscientes  
ni hombres tan detestables.  
Porque violar y hacer sufrir  
marca cuestión de principio,  
donde tú te hechas a un lado  
yo intento buscar mi sitio.  
Si piensas que esto está demás,  
no perderé la paciencia,  
eres tan pura y hermosa  
que está por ver tu inocencia.  
Más no enjuicies mi actuar,  
lo que te va a suceder,  
pues si muchas cosas dijeras,  
ninguna te han de creer.  
Aprenderás igual, niña,  
y todos lo afirman también  
que donde esté mi palabra  
por verdad se ha de tener.  
Aquella noche callada  
de estrellitas nacientes,  
tristes están unos ojos  
por odio, venganza y muerte.

¿Por qué no contaste, niña,  
lo que pasó en el llano?,  
cantares hubieran hecho  
de aquel hombre tan villano,  
y de tu belleza pura  
hubieran sacado un canto

que elevara por los aires  
la pena que estás pasando.  
Gitano, porque la quieres,  
que por ella estás luchando,  
escucha lo sucedido,  
según alguien va contando.  
Caía un miércoles santo,  
morado y luto de pena  
con Cristos crucificados  
y alardes de penitencias.  
En la esquina de la plaza,  
centro del pueblo penado,  
se explicaba un señorito  
de cuanto había pasado  
con hijo de mala madre,  
Y por más, ladrón de ganado.  
Fíjese, autoridad,  
nadie lo quiere en el llano,  
que tú bien sabes, Miguel,  
que él no vale tres cuartos;  
se dice que a una niña  
la hizo mujer forzando.  
Hablan que ya por los pueblos  
cuatro mulas ha robado,  
se las ha llevado al monte  
como ladrón de ganado.  
Debes formar a la tropa,  
tirarte monte a caballo,  
buscar al gitano joío  
que tanta lata está dando.  
Arrástralo vivo o muerto  
a ese hijo de bastardo,  
implanta tu autoridad  
aunque ésta sea matando.  
Y yo pregunto, señor,  
habló distante el sargento,  
¿por qué se dictan las órdenes  
de largos crespones negros  
que para acallar los gritos  
tenga que matar su aliento?

Escúchame, tú, sargento,  
las órdenes y obediencias  
las dicto yo y son mías,  
y son leyes necesarias.  
El señor al decir esto  
lanzó su hiriente mirada,  
el sargento vio sus ojos,  
marchó al levantar el alba.  
Los Cristos y nazarenos,  
sargento y tropa cuadrada,  
admiten con descontentos  
estas órdenes sagradas.

#### IV

Por las afueras del pueblo,  
con diez cascos cabalgando,  
pasa nuestro bandolero  
con sus recuerdos amados.  
Es gitano por más señas,  
vive dueño del serrano,  
que no hay gitano esclavo  
porque no hay payo amo.  
Escúchame, señorío,  
tierra que me habéis abandonado,  
dehesa que me vendiste,  
gente que ojeáis de soslayo,  
señor que con tu fuerza  
destruiste lo que había adorado,  
señores que mentís  
para poder destrozar lo amado,  
animales del monte,  
elevados árboles encrespados,  
soy fantasma que asusta,  
que tiene un lado humano.  
Pero yo os juro hombres de mi poblado,  
que siendo límite de libertad mi huida,  
no lograrán cambiarme por el llano.  
Que vuestras caritas están tristes,

llenas de llanto;  
que me dan penita vuestros dedos,  
llenos de callos;  
que en la sierra hay vientos que soplan,  
llenos de canto.  
niña, pálida calé,  
de colorido rosado;  
preciosa de sierra adentro,  
de valles, montes y meandros.  
Sal del campo de despojo,  
de ese lumpen desolado,  
miseros pies que se hunden  
con los grilletes pesados.  
Que bien si pudiera expresar  
que quien te violó en el llano  
posee la endiablada cabeza  
de un cerebro desalmado.  
Sé que podré meterle  
a ese tal villano,  
tres balas en el cuerpo,  
tres puñales clavados;  
y quebrar su vida,  
sus infames hazañas,  
cerrar sus párpados,  
dientes de piraña.  
¿Pero quién dice que se pueda  
doblegar la hiena en el infierno?  
¿No es el miedo y el poder los que crean  
acciones sensatas para buenos remedios?  
Nos darían locas disculpas  
para quien quitaron la vida  
que ni amo sería ya,  
sino protector que daba la trilla,  
que tendió su manto sobre el rebaño  
y aplicó su justicia con saber  
y que hizo a unos marginados  
y a otros ávidos de poder.  
Loco fuego,  
loca pasión,  
loco ahogo desesperado

que va dentro.  
Locos seres,  
locos anhelos,  
y locos enjambres humanos,  
laberinto de hombres muertos.  
Estaré solo en la sierra  
y así viviré contento.  
No habrá nadie que me impida  
amar a la que más quiero,  
que de dos somos uno,  
un tronco perfecto,  
una sola raíz  
y trayecto.

La voz del valle se oye  
y se escuchan cientos de ecos:  
¡Mira, hija, es la madre,  
¿Qué congoja te recorre  
que no puedo aconsejarte?  
¿Habrá ventura más cierta  
que quererte como nadie?  
¿Habrá amor tan profundo  
que llegue solo a igualarme?  
¿Habrá un hombre en el mundo  
con quien tú puedas casarte?  
Acércate, hija, y oye  
las palabras de tu madre:  
Sé ardiente como el sol  
y blanca como la luna,  
y no busques emociones,  
lucha por grande fortunas.  
no es consejo perverso,  
resulta simple evidencia,  
que querer sin dinero  
motiva desavenencia.  
No digas no a tu marido  
que la tradición se impone,  
donde hay razón de macho  
viven débiles faldones.  
No te dejes arrastrar  
por las pasiones sin freno,

la honra cuando se pierde  
te cubre de lodo y cieno.  
Bien pregona tus virtudes,  
que sepan a ciencia cierta  
que si bien fuiste forzada  
no entregaste la conciencia.  
Sé  
santa,  
pura,  
casta  
y abrigarás con ello  
benditas esperanzas.  
Y olvídate del hombre  
que te traía dolores,  
sufrimiento,  
desamores,  
perdición.  
La madre, sabia prudencia,  
dijo esto  
y calló.  
Y la niña le respondió:  
madre, desde hace tiempo  
aprendí, no sin razón,  
que el perseguido es el justo  
e infame el perseguidor;  
que la tradición es fiable  
si se aplica sin pasión,  
sabiendo que es desperdicio  
y lo que tiene valor.  
Has de saber que a las mujeres  
nos nutre un feo pensamiento,  
recriminar el acto ajeno  
y lamentarlo de no hacerlo.  
No llores cuando te digan  
que por deshonra he pecado  
pues hay cosas en este valle  
peores que mi mal andado.  
Pues si es maldito  
quien como alimaña  
me ha maltratado,

no quiero perdón  
para mi pecado.  
Violación para unos,  
deshonor para tantos.  
Si no hubo acción por mi parte,  
ni me entregué en aquel acto,  
rompí lo que menos quería,  
virtud, tradición y encanto.  
Duerme vigilante y despierta,  
Y porque no quiero herirte  
allá en lo más profundo,  
has de saber con certeza  
que donde la sierra grita  
hay un cántico de gozo,  
que me reclama,  
y que siento un latir  
hermoso.

## V

Transcurrió un largo tiempo,  
tiempo de notable espera,  
tiempo de grandes momentos,  
igual que una vida entera.  
Más, eh aquí, que cierto día,  
por fuerza y coraje sacados,  
Conchi con acción rebelde  
a la sierra se ha echado.  
Y la madre que ha supuesto  
las locuras iniciadas,  
de maldición ha cubierto  
al mozo que la incitara:  
maldito seas  
y malo te hagas,  
que salga ardiendo tu refugio,  
que no se cuenten tus hazañas,  
que exista muerte en tu camino,  
allá donde quieras que vayas,  
que nadie de ti se acuerde



si algún día te amortajan,  
que a la niña de mis ojos  
la libre Dios de tus garras,  
que la pobre es inocente,  
niña mía engatusada.

Tened cuidado, sargento,  
con mi niñita encantada,  
que no hay otra por estas tierras  
por nacer de mis entrañas.

Y el pueblo unido clamó  
con voces de madre herida,  
bellos cánticos de ciegos  
de estas tierras campesinas.

Altas montañas que veis  
el dolor que se avecina,  
altos picos escarpados,  
aristas de entraña herida.  
¡Qué triste está el gitano!  
¡Qué alta su frente gravita!  
¡Qué corazón tan enorme!  
¡Qué vida tan perseguida!  
¡Sangre que cae en el sendero!  
¡Venganzas que son cumplidas!  
¡Adelante, pues, sargento,  
adanted órdenes malditas,  
dolor y pena eterna de  
rebeldes inconformistas!  
Al final nos cuenta la historia  
lo que en la cumbre sucedió,  
que la tropa dio con ellos  
y el día de luto quedó.  
Rodeados como perros  
que no tienen salvación,  
defendieron su montaña  
hasta el último escalón.  
El hombre esperó montado  
sobre su caballo en alza,  
resonaron las espuelas,

la anticipada descarga.  
El valle apagó el eco,  
un grito entonó su cuerpo,  
se levantó por los riscos,  
y habló con voz de destierro:  
¡Uníos a mí, guardianes,  
por compatriotas y hermanos,  
que no hay poder en la tierra  
que muestre ser ciudadano!  
Vacilaron los fusiles...  
Hubo una descarga abierta...  
Su pecho se abrió de pronto  
como fulgor que despierta.  
La mujer cayó a su lado  
y rememoró la gesta.  
Las armas bajan su peso  
y los guardias la cabeza.  
“¿Quién os pagó, buenos hombres  
y os puso el fusil cargado  
para que inunden de sangre  
estos valles encantados?  
Gitano tenía que ser  
y payo vuestro arrebató,  
pero sabed que mi honra  
la quebró el que os ha pagado.  
Es dinero lo que corre,  
es sangre de hombre honesto  
que si muerto está por ley,  
vivo seguirá en el pueblo”.

## VI

Conchita, ¿te acuerdas bien  
de tu hermoso colorear,  
envidia de nuestros ojos,  
sueño amargo al despertar?  
¿Te acuerdas bien  
como dudamos al actuar  
porque en tus pupilas claras

nos mirábamos nada más?  
¿Te acuerdas bien  
de los juicios de mamá,  
normas tradicionales  
que te hicieron vacilar?  
¿Te acuerdas bien  
del canto que te hizo llorar?  
sentimos nuestra apatía,  
porque no supimos luchar.  
Somos pueblo que te adora,  
a ti y al gitano de mierda,  
insulto de voz señorial  
que a nosotros no nos cuenta.

Y por el llano se oía un ulular que decía...

¡Ay, señorito,  
que mal me siento  
oigo un aullido  
como un lamento!

El señor tapó sus oídos porque no quería escuchar...

Viento  
que no dejas de soplar  
te tengo miedo  
porque no sé  
si él  
ha muerto

1 de noviembre de 1978